



INTRODUCCIÓN

Es para mí un gran honor poder estar aquí hoy ante vosotros, para hablar sobre algo tan importante y querido por todos como es nuestra Semana Santa.

Al proponerme la Agrupación de Cofradías y Corporaciones Bíblicas ser la pregonera de este año, mi primera reacción fue decir no.

Cantar la Semana Santa de Puente-Genil es algo muy serio y es mucha la responsabilidad que conlleva. Me dejé convencer, cuando me dijeron que lo que pretendían era que este pregón se hiciera bajo otra óptica, bajo otro punto de vista hasta ahora no tratado... y acepté el reto y aquí estoy dispuesta a colaborar, aportando mi granito de arena, diciendo como vivo y como siento la Semana bajo mi condición de mujer, pontana y manantera.

Quiero agradecer a la Agrupación de Cofradías la confianza que ha puesto en mí; también quiero agradecerles a las Hermandades, Corporaciones y mananteros de a pie, el apoyo, el estímulo y la colaboración que de ellos he recibido.

También quiero permitirme un recuerdo para mi madre, sé lo que para ella significaría este momento y estoy segura que desde arriba lo estará compartiendo con nosotros.

Cuando siguiendo el espíritu del Concilio de Trento, la Iglesia decidió sacar a la calle las Imágenes de Cristo y de la Virgen para darles público culto, y que al contemplar el pueblo a través de ellas La Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo, les sirviera de catequesis, nos hizo un gran favor.

Aquí contamos como gracia “que Pilato por dudar si condenaba o no a Jesús, por poco nos deja sin Semana Santa”. Pero cuando de verdad nos hubiésemos quedado sin ella, es si en Trento no se inicia la Contrarreforma.

Las procesiones arraigaron en España con una fuerza tremenda y Andalucía en general y nuestro pueblo en particular le dio su toque, su esencia peculiar. La adaptamos a nuestra idiosincrasia, a nuestra forma de ser y de sentir, llegando a formar parte de nosotros mismos, a configurarnos de tal manera, que no seríamos ni sentiríamos como lo hacemos si ella no existiera.

Cada pontano la lleva dentro del alma y la vive a su manera, participando en aquello con lo que más se identifica y se siente más a gusto: unos dentro de las hermandades, otros con sus cofradías en la calle, cada uno con su Santo o con su Virgen; otros en las corporaciones, dentro de los cuarteles, o vestidos de figura. El pueblo arremolinándose a la salida o en los “vivas” de una determinada procesión, desde un balcón, una esquina, con la música, con las saetas... y hay quienes parece que tienen el don de la ubicuidad, pues pertenecen a todo y están en todas partes a todas horas.

Pero todos somos piezas importantes, que unidas, damos vida a esta maravilla de fe, religiosidad, amor, arte, belleza y colorido que es la Semana Santa de Puente-Genil.

Una de las primeras vivencias que recuerdo es: de niña, cuando mis cuñados y hermanos volvían de la procesión, corría a ponerme el casco y con el escudo y la lanza desfilaba por la casa preguntándome: ¿por qué yo no me puedo vestir de romano?.

La idea de que el hombre y la mujer éramos distintos la tenía clara; pero no entendía como o en función de qué se había hecho el reparto de papeles en el que el hombre a mi modo de ver de ese momento, se llevaba la mejor parte.

Me costó un tiempo darme cuenta ¡y sentirme orgullosa! del papel que, como mujer y como madre, me tocaba desempeñar. Me costó convencerme de la importancia que tiene ese aparente segundo plano en el que la mujer está y entender que no es tan importante la función que se desempeñe, sino la actitud con que se desarrolle y el cariño que se ponga en ella.

Todos juntos hacemos posible nuestra Semana Santa y lo que importa es la capacidad que se tenga de sentirla y de hacérsela sentir a los demás. Como dice S. Agustín:

Sentir no es cosa del cuerpo, sino del alma, por medio del cuerpo”

Creo que llegué a esta conclusión a través del Evangelio, al comprobar que en El, la Virgen y las mujeres están en ese segundo plano aparente, pero si lo analizamos nos damos cuenta de que ellas están presentes, y de forma activa, en casi todos los momentos de La Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo.

Y no hay una sola que se le oponga o que le haga la menor ofensa. Y cuantas intervienen en La Pasión, es para intentar ayudarle o mitigar su dolor: la Verónica, María Magdalena, Claudia Procla, mujer de Pilato, las piadosas mujeres,...

Voy a intentar hacer un análisis comparativo de la actitud de la mujer en el Evangelio y la mujer en nuestra Semana Santa.

La Historia del Nuevo Testamento empieza con una madre: María. La madre de Dios vivo. María Santísima, la que está presente en todas nuestras procesiones bajo las distintas advocaciones, desde la Virgen de la Guía hasta la Virgen de las Lágrimas.

Haciendo similitud podemos afirmar que nuestra Semana Santa también empieza con otra madre: la de cada pontano. La madre que desde la cuna nos infundió el amor por nuestras tradiciones, la que sembró en nosotros la semilla, la que apenas el hijo empieza a andar le hace la túnica y lo lleva de la mano a la procesión para que empiece a empaparse de lo que fue y significa para la humanidad, La Pasión de Cristo.

Cuando un poco crecidos pero niños todavía quieren emular a los mayores y tener su cuartel, la madre les apoya y hasta les guisa para que puedan estar reunidos con sus amigos, los que luego serán sus hermanos de corporación.

A qué madre no se le ha presentado el hijo con un pedacito de tela verde, azul o turquesa pidiéndole con mucha prisa: “hazme un picorucho, que lo necesito para vestirme de rebate.”

¡Cuántas horas de balcón describiendo las Procesiones y contestando las mil preguntas que los niños hacen con los ojos muy abiertos, intentando conocer qué momento de La Pasión refleja cada Paso, o qué representa cada figura!.

Mamá ¿por qué le pegan al Señor?. Oye, esa figura que lleva el gallo ¿quién es?. ¡Mira, mira, por allí viene La Judea!.

Cuando años más tarde aquel niño, ya adulto, esté formando parte de la procesión, quizás llevando la misma ropa y con el mismo rostrillo que llevó su padre o su abuelo, al pasar bajo el balcón se sentirá feliz sabiendo que están haciendo con su hijo lo mismo que su madre hizo con él.

Fijémonos si influirán las madres, y las mujeres, para lo bueno y para lo malo, que la Virgen podríamos decir que forzó a Jesús a que hiciera el primer milagro en las Bodas de Caná. Estando en el banquete y como faltase vino, dijo a Jesús su Madre: “No tienen vino.” Jesús contestó: “¿A ti y a mí qué, mujer? Mi hora no ha llegado”. La Madre dijo a los sirvientes: “Haced lo que El os diga”. Y El hizo el milagro.

Hermanos, ¡y qué milagro más bonito!, ¡convertir el agua en vino!. Ese vino tan esencial en estos días, que alegra los corazones, ayuda a confraternizar y alivia el peso de los martirios que portan las figuras.

Y como decía Luís Melgar:

“Es religioso el vino para el poeta,
bebido entre los tercios de una saeta “.

Y si Jesucristo convirtió el agua en vino, y además eligió éste nada menos que para dejarnos su Sangre, no puede ser malo.

La Primera mujer que nos hemos encontrado en Evangelio, es María, la Virgen; con Ella terminaremos este pregón. Pero en medio hay otras que desempeñan papeles importantes en la vida de Jesús, sobre las que me gustaría reflexionásemos.

MARTA Y MARÍA

Nos cuenta S. Lucas, que llegó Jesús a una aldea y una mujer de nombre Marta, le recibió en su casa. Tenía ésta una hermana llamada María, que sentada a los pies del Señor, escuchaba su palabra, mientras Marta andaba afanosa en los muchos quehaceres del servicio...

Hermanos: ¿Nos hemos parado a pensar cuántas Martas y Marías hay en nuestro pueblo?. La mujer pontana es una mezcla de estas dos hermanas, la atareada y la contemplativa. Ella sabe compaginar perfectamente la obligación con la devoción.

Por eso al llegar el tiempo de Cuaresma, cuando los cohetes del Jueves Lardero, los tambores de la Chusma y los pasodobles de Los Romanos, anuncian que se acerca la Semana Santa -en vez de irse al Cuartel- trajina y se afana en los muchos quehaceres del servicio. Se encarga de la ropa de toda la familia, hay que poner a punto el vestuario para lucirlo estos días, de las túnicas para alumbrar y de los rebates. Se mete en la cocina y hace postres para obsequiar al visitante. ¡Son muchas horas de trabajo para preparar y surtir la mesa a la que acudirá la corporación tras las reverencias del Viernes Santo en Santa Catalina, o al finalizar el recorrido oficial de cualquier procesión!.

Se encarga de que se encalen los patios y las fachadas; y cuando con esa especie de memoria sensorial, que nos hace relacionar los perfumes, los sabores o los sonidos con una determinada situación; cuando percibimos esa mezcla de aromas tan característicos de estos días, decimos con Miguel Romero: “Y nuestros limpios hogares huelen a Semana Santa”.

Y es que ella quiere que cuando Jesús llegue a su casa, que es nuestro pueblo, se encuentre a gusto con nosotros recorriendo nuestras calles. Por eso, aporta su esfuerzo y su trabajo callado, y contribuye al buen quehacer de nuestra Semana Mayor.

Y, como María, al caer la tarde, acude a la ermita y se sienta a los pies del Señor para oír su palabra en los triduos, quinaros y novenas. Y se emociona al oír las plegarias tan nuestras, tan pontanas que las recias voces varoniles interpretan, acercándose si cabe, nuestro espíritu, un poquito más a Dios.

Ella asiste a los Oficios y visita los Monumentos, siendo una parte importante del soporte espiritual de Puente Genil.

De esto da Fe, ese ¡Vivan las mujeres piadosas! que con frecuencia oímos, al entrar o salir del templo, y que la saeta popular reafirma:

“Que hermoso está el Monumento
con las luces encendidas.
Mujeres que estáis dentro,
despertad si estáis dormidas
y alumbrad al Sacramento...”

Y qué tradición más bonita la que mantienen algunas corporaciones de recorrer las estaciones juntos, en fila, de iglesia en iglesia, visitando los Monumentos.

BETANIA

Hay otro pasaje en el Evangelio, de esta misma mujer que no hay que confundir con María Magdalena, la pecadora, con un gran significado para nosotros.

Nos cuenta San Juan que estando Jesús en Betania, le ofrecieron una cena; Marta servía, Lázaro era uno de los comensales. María, por su parte, tomó un frasco de perfume de gran precio y ungió los pies de Jesús enjugándolos luego con sus cabellos; entonces dijo Judas Iscariote: “¿Por qué no se vendió ese perfume en 300 denarios y se dieron a los pobres?”. Jesús dijo: **“Déjala que lo haga para el día de mi sepultura. Que a los pobres siempre los tenéis con vosotros, pero a mí no me tendréis siempre”**.

La actitud de María la hemos entendido perfectamente en Puente Genil y la ponemos de manifiesto en nuestra Semana Santa.

Si a las imágenes a las que estos días damos culto, hay que tributarles el honor y la veneración de la Divinidad a la que representan, Puente-Genil, como María rompe muchos frascos de alabastro y derrama sobre ellas con abundancia, con generosidad, su unguento y su perfume.

Y lo hacemos de la forma que mejor sabemos: ahí están esas mujeres que se reúnen para bordar la mantilla, la saya y el manto de la Virgen, que con su esfuerzo y su dinero consiguen que luzca en todo su esplendor.

Y esos hombres que en las noches frías de invierno, se cargan las andas vacías para ir acompañando el paso y poder luego sacar y encerrar a la Imagen por la estrecha puerta, sin rozarla, y le prestan sus fuerzas y sus pies para que puedan recorrer nuestras calles.

No se escatima en los palios, los varaes, las velas, las flores; se hace un esfuerzo para que las andas sobre las que van nuestros Cristos, se asemejen lo más posible a los tronos que Ellos se merecen.

Los vestimos de telas preciosas y los llenamos de ricos bordados.

Se reúnen las corporaciones en fraternales comidas: ¡Y por qué no!, ¿es que Jesucristo no lo hacía también con sus discípulos y sus amigos?

Nos ponemos nuestras mejores galas para acompañarlas.

Y es que los pontanos sabemos derramar sobre nuestras Imágenes, el perfume y el unguento de nuestro amor y enjugarlos con nuestro trabajo y sacrificio, para venerarlas como Ellas se merecen.

HUMILDE

Y ya que hemos hablado de Imágenes, quiero hacer una mención especial a ésta tan impresionante que hoy nos preside: El Señor de la Humildad.

Humildad...Plaza del Convento...Miserere:

Estas tres cosas no puedo dejar de relacionarlas. Quizá porque desde niña, y las cosas que te impactan en la niñez nunca se olvidan, con la cabeza apoyada en los barrotes del balcón de la casa de mi abuela, veía salir al Humilde y desde allí oía el primer Miserere.

Con la imaginería barroca lo que se pretende no es deleitar, sino conmover al que lo contempla. Y ciertamente con él Humilde lo consiguen, pues nos conmueve hasta lo más profundo del alma, verlo en esa actitud de humildad y paciencia. Va desnudo, por eso se le arropa con el amor de sus hermanos y el que todo su pueblo le profesa, con la luz de la bengala y la música del Miserere.

Al Señor de la Humildad hay que llevarlo despacio, sereno, sin ajetreo; respetando el momento que representa en La Pasión: Cristo después de haber sido azotado y de haber cargado con la cruz, sentado en una piedra, esperando ser crucificado.

Cuando Jesús vaciló,
rendido por la amargura,
y en la piedra se sentó,
quebrantó la peña dura
con un suspiro que dio.

LA MÚSICA

Y siguiendo con mis vivencias quiero dedicar un lugar preferente a La Música. Ella es un elemento imprescindible en estos días. Nos acompaña durante toda la semana, reforzando momentos importantes, o brillando con luz propia. ¿Os imagináis una Semana Santa en silencio, sin nuestra música?.

Cuando la escucho, mi corazón late con más fuerza y se me saltan las lágrimas, y veo que muchos de los que están a mi alrededor experimentan las mismas emociones, que les pasa lo mismo. Puedo oír hablar con mucha elocuencia, discursos muy floreados, pero no me hace sentir nada parecido; mi alma no se estremece como al oír El Recuerdo, La Diana, El Gloria al Muerto, El Inexitu, o el Barrabás de Los Ataos.

Una determinada música, alegra si estás alegre y te llena de melancolía si estás triste. Es lo que con más intensidad puede hacerte revivir el recuerdo de una persona, una ilusión, un momento o una situación.

Y quien con más propiedad la representa en la Semana Santa es el **Imperio Romano:**

Cuando el Jueves Santo por la tarde esperas la “salida de los Romanos” ya has preguntado a tus familiares de corporación: ¿Es bonito el pasodoble de este año?, ¿a quién se lo han dedicado?, ¿es pegadizo?. Los ves entrar en la calle, triunfadores, erguidos, porque saben que las mocitas desde los balcones y el pueblo entero les esperan para aplaudirles. El redoble del tambor y las notas del pasodoble se van grabando en la mente. Lo sigues oyendo durante toda la noche y todo el día siguiente, pues siempre habrá alguien que al oírlos de lejos grite: ¡que vienen los Romanos!, y ese grito te hará saltar, como si tuvieras un resorte, y acudir al balcón o a la puerta para verlos pasar.

Oyes los Misereres que tocan ante los Cristos, y las marchas lentas acompañando la Procesión. Sigues oyendo el redoble del tambor y la música del pasodoble se te va haciendo familiar; ¡ya la tarareas! y sigue redoblando el tambor, y ese redoble se te mete en el “sentío” de tal manera, que cuando te acuestas, entre sueños lo sigues oyendo, y te hace despertar sobresaltada pensando: ¿subirán ya para la Diana?

Y es que la subida a la Diana es uno de los momentos más bonitos y emotivos para mí.

DIANA

Cuando aún noche cerrada, esperas en la calle de la Plaza que aparezcan la Hermandad de Jesús con la campanita, y los Romanos con las bengalas encendidas, el redoble del tambor se va acercando y empiezas a marcar el paso con ellos, cuesta Romero arriba, calle Aguilar, cuestecilla de Jesús; y entre empujones consigues llegar hasta la mitad de la Plaza, porque la bulla allí congregada no te permite avanzar más; miras hacia arriba, y ves a Jesús delante del Pórtico. El corazón se para. Y no es por el esfuerzo de la subida, no, es porque la emoción te embarga.

Cuando a los primeros acordes se hace el silencio, y de puntillas, estirando el cuello para no perder de vista al Nazareno, empieza el solo de trompetas, un escalofrío te recorre el cuerpo y un nudo se te pone en la garganta.

Ya pasó, ya tocaron La Diana, El Miserere, El Stabat Mater,... y se ha oído el primer ¡viva El Terrible!

Ya bajan los Romanos con su redoble, arrastrando tras ellos el gentío. La Plaza se descongestiona, ya sólo quedan en ella los Pasos, las Hermandades y el pueblo que va a alumbrar.

Ya ha amanecido. La campanita suena de nuevo. Jesús empieza a andar, ¡se te acerca, viene hacia ti!, entonces es cuando el corazón se te alborota, ¡lo tienes delante, te está mirando!

En unos instantes te sientes pequeña y pides perdón y a la par, grande e importante, porque sabes que El está allí por ti, para redimirte. Y le das gracias. Y le abres tu corazón y le pides por los tuyos, por los que quieres, por los que ya no están aquí porque se fueron con El, por los amigos y hasta por los enemigos.

Y en ese vaivén de corazón y sentimientos piensas ¡Señor, si tuviera voz y valor te cantarías, que es la forma más bonita que sé para alabarte!.

Y para tus adentros, casi sin vocalizar, solo para El, entonas...

¡Oh dulcísimo Jesús!
Yo me quiero redimir,
cárgame con otra cruz,
para seguirte y morir,
lo mismo que has hecho Tú.

CALLE DE LA AMARGURA

Nos cuenta San Lucas, que cuando llevaban a crucificar a Jesús, “lo seguía una gran multitud del pueblo y de mujeres”.

La mujer pontana, como en el Evangelio, sigue Jesús de cerca; le alumbraba, allí está ella con su vela siguiéndole hasta el Calvario.

Hay que destacar, que en el recorrido que Jesús hace desde el Pretorio hasta el Gólgota, sólo habla una vez, y es para dirigirse a ellas, las mujeres piadosas. Yo creo que eso a las mujeres nos gustan tanto las procesiones.

Nos sigue diciendo el Evangelista que Jesús se volvió yo a ellas y les dijo: **“Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, llorad más bien por vosotras y por vuestros hijos...”**

Este grupo de mujeres no era el de Galilea que acompañaba a la Virgen. Jesús las llama “hijas de Jerusalén”, puede tratarse del grupo de mujeres que, según los libros rabínicos, atendían a los condenados a muerte, a los que ofrecían vino “mirrado”, al cual se atribuían efectos anestésicos para rebajar su dolor.

O bien del grupo de mujeres, al que pudo pertenecer Claudia Procla, que admiraban tanto a Jesús como a su doctrina.

Y los Evangelios Apócrifos nos cuentan y la tradición cristiana lo recoge y lo fomenta, que una mujer llamada Beronike, en griego, y a los que otros atribuyen el nombre de Verónica, por el paño que lleva en las manos, el Vero Icono (verdadero rostro); aquella mujer, la hemorroisa, la que según San Mateo fue curada por Jesús de su flujo de sangre; fue la valiente que se abrió paso entre la muchedumbre, se acercó a Jesús en la calle de la Amargura y le limpió el rostro de sudor y sangre.

Una mujer compasiva
a Jesús se aproximó,
llorando a lágrima viva
sacó un lienzo y le limpió
su cara, caritativa.

APÓSTOLES

Después del prendimiento de Jesús en el Monte de los Olivos, y de que Pedro con su último gesto de valentía sacara la espada y le cortara la oreja a Malco, los Apóstoles sintieron miedo y huyeron, le abandonaron.

Quizás por eso, los Apóstoles de nuestro pueblo, nuestro “apostolao”, para corregir esa debilidad van detrás del Nazareno sin dejarlo un momento, pase lo que pase, llueva o ventee.

Ellos son la única corporación que cruza el puente hasta Miragenil y creo que la única que vuelve sin levantarse el rostrillo hasta el cuartel.

¡Qué impresionante fue el año pasado!, el Viernes por la tarde, estando Jesús en los cantillos de la Concepción, empezó a llover, y todos los hermanos y el pueblo entero se apiñaron alrededor de El. Todos querían meter el hombro debajo del Nazareno, queriendo llevarlo en volandas a su ermita sin que se mojara. “¡Déjame un varal!” pedían. La gente aplaudía, lloraba..., era difícil contener la emoción.

Pero a la vez había un sentimiento encontrado que te hacía pensar: ¿Por qué corremos?. Si lo que quisiéramos es ir lo más despacio posible para alargar más esta subida tenerlo el mayor tiempo posible entre nosotros.

Cuando llegaron al Pórtico, la mayoría llevaban los hombros destrozados, pero eso no importaba, más llagado va el Terrible con la Cruz que nosotros le hemos cargado.

Y qué bonito ver después a los Apóstoles lloviéndoles encima, con los arroyos corriendo por la calle, con las ropas y los rostrillos empapados, imperturbables, siguiendo el camino que Jesús había llevado, para unirse con El en el Calvario y hacerle las reverencias.

En momentos como estos es dónde se palpa el amor y el sentimiento de un pueblo.

AL PIE DE LA CRUZ

Crucifican a Jesús. Los que lo crucifican se reparten sus vestiduras echándolas a suertes. Sobre su cabeza ponen la causa de su condena: “Este es Jesús Nazareno, rey de los judíos”. Los que pasan por allí, lo insultan y se mofan de El.

Nos dice San Juan que junto a la Cruz, de pie, están su madre, María Cleofás, hermana de su madre, y María Magdalena con el discípulo amado.

En el momento más duro, el más trascendental de La Pasión, las mujeres están con El.

Viéndolos, Jesús dijo a su Madre: “**Mujer, he ahí a tu hijo**”. Luego se dirigió al discípulo: “**He ahí a tu Madre**”.

La mujer al pie de la Cruz:
Dos mujeres y tu Madre
fueron contigo al Calvario,
Corazones de mujer
son de tu amor relicario.

ANGUSTIAS

Ya que he utilizado la letra de una saeta para terminar el pasaje anterior, permitidme que empiece con otra el siguiente.

Con qué angustia lo siente yerto
Esa Madre tan Divina
lo lleva en sus brazos muerto,
quisiera darle la vida
con el calor de su aliento.

Angustias: Ese nombre me lleva a la noche del Viernes Santo. Veo la calle llena de gente, no cabe un alma más y se respira un ambiente distinto. La campanita y los estandartes dan paso a la procesión, y aunque parecía imposible, se ha abierto un camino; por él avanza Cristo en el Calvario tras el sendero de cirios encendidos y bengalas que portan sus hermanos.

Las Angustias, San Juan, las figuras...

El sonido de los roncós tambores, el arrastrar de las cadenas del Demonio y de la muerte, y las saetas que van cantando, se van adueñando de nuestro espíritu.

Por el otro extremo de la calle se oyen otros tambores; son los Romanos con los plumeros negros y su redoble tocando el Gloria al Muerto.

Hay un momento en que se entrelazan los sonidos de los dos tambores. ¡Qué bonito, hermanos!. La visión que presenta la calle es impresionante. Las Angustias, San Juan, La Soledad, las figuras, Los Apóstoles, Los Romanos... Los sordos tambores callan, dejando paso al Imperio que ante la Imagen tocan el Stabat Mater.

San Agustín decía que lo bello acerca a Dios, y es verdad, pues en esos momentos nos encontramos en la Gloria.

Cuando los Romanos continúan su marcha, resuenan de nuevo los tambores, dándole con su sonido ese carácter tan especial a la noche del Viernes Santo.

¡Qué difícil de describir y qué fácil de sentir! ¡Hermanos, eso hay que vivirlo!.

Es curioso que el sonido reiterativo de los tambores, lejos de resultarnos monótono, nos invita a acompañarlo sobre cualquier objeto, y seguiríamos oyéndolo toda la noche sin cansarnos. Y cuando se entona una “cuartelera” nunca falta quien repita su sonido como música de fondo.

La procesión continúa su camino y hay otro momento especial para mí:

La Virgen, después de atravesar la Plaza, entra en la estrechita calle Lemoniez. Las luces se reflejan en la cal blanca de las paredes dándoles más luminosidad. Al ser la calle estrecha, hay que apretarse unos con otros, pues El Paso la ocupa casi en su totalidad.

Poco a poco van apareciendo distintos hermanos vestidos de figura que, terminado el recorrido oficial, se incorporan, no como Corporación, sino como personas para acompañar a La Virgen hasta su ermita. Ya los grupos que a su alrededor la siguen, pues también quieren estar con Ella.

Puedes ver al jetón, al judeo o al romano, apoyándose en el brazo de su mujer o en la pared para poder aguantar hasta el final.

Los cuerpos rotos por el cansancio de la larga jornada y las almas repletas de emociones, están más sensibles y afloran con más facilidad los sentimientos. Por eso puedes contemplar lágrimas furtivas, oraciones en silencio.

Las saetas que, en cascada, le cantan a La Virgen, entrecruzándose las voces, ya roncas por el esfuerzo, de no importa qué hermano, salen de lo más profundo del alma.

Si la felicidad es un estado que deseáramos que no cambiase nunca, yo he llegado a sentir esa felicidad viviendo momentos como éstos y he llegado a pensar: ¡Mi pueblo está vivo!. ¡Dios mío, que se pare el tiempo!. Y se oye decir: ¡Qué pena que no sea Domingo de Ramos para empezar otra vez la Semana Santa!.

SEPULCRO

Venid varones piadosos...

Nos cuenta San Mateo que mientras José de Arimatea y Nicodemus daban sepultura al Señor, María Magdalena y las otras Marías estaban allí sentadas frente al Sepulcro. No satisfechas de como había quedado sepultado Jesús por la prisa con que lo hicieron, pues se acercaba el sábado, volvieron al rayar el alba del domingo con los aromas preparados, pensando: “Quién nos moverá la piedra?”

En nuestra Semana Santa están muy bien representadas estas mujeres, “las tres Marías”, con las túnicas negras y los cofres en la mano.

Siguiendo la analogía, la mujer pontana siempre está preparada con el bálsamo en la mano para ponerlo en la herida del más necesitado. Sabe renunciar a muchas procesiones y a muchos “vivas” por quedarse con los hijos pequeños, con la persona mayor, o junto a la cama del enfermo.

RESURRECCIÓN

Y nos siguen diciendo los hagiógrafos que de estas tres mujeres, la que antes llegó al Sepulcro fue María Magdalena, la pecadora, a la que se le perdonó mucho porque amó mucho. Tanto que tuvo el privilegio de ser la primera persona a la que Jesús se apareció cuando resucitó.

Y al llamarla por su nombre, **María**, ella le reconoció.

El le mandó que se lo dijera a sus hermanos y ella fue a anunciar a los discípulos: “He visto al Señor”, pero ellos no la creyeron.

Cuando Cristo nace, muere y resucita, la mujer está con El.

SOLEDAZ

Hasta ahora he hecho un análisis del papel que la mujer desempeñó en La Pasión y Resurrección de Cristo y en nuestra Semana Santa.

Resulta evidente que en ambos casos la mujer, sin ningún afán de protagonismo, ocupa un lugar fundamental.

Pero hay una mujer, una madre que está por encima de todas y con la que no existe comparación. La Madre, mayúscula, María Santísima, la Llena de Gracia, no sólo en el sentido teológico, sino también en el humano, sinónimo de belleza y hermosura.

A la que yo veo en este momento bajo su advocación de Soledad.

He observado que, ante el paso de un Cristo, nos conmovemos, pero al contemplar el Paso de La Virgen, a pesar de su dolor y su soledad, nos alegra y nos llena de ternura, porque la vemos como madre y como refugio de nuestras penas.

¿Quién, al sentirse en algún momento solo, no vuelto su mirada hacia Ella para refugiarse bajo su manto?

Hay en el cancionero popular una copla que dice así:

Te llamé en la angustia mía,
Virgen de la Soledad,
y me diste compañía.

Soledad que da compañía, ¿se puede decir mejor?.

Y como Madre nos gusta alabarla y llenarla de piropos; por eso cuando pasa por nuestro lado alegrándonos los ojos y el alma, al mirarla decimos: ¡Qué bonita va!. Y bien lo dicen las letras de las saetas que a Ella dedicamos:

-Eres, Virgen, más bonita
que la nieve en el barranco...
-Eres la flor más temprana
y el más hermoso clavel...
-Eres corona del cielo
y palma de la victoria...
-Dadme lirios y azucenas,
nardos, jazmines y rosas
para echarlos a manos llenas
a esa Virgen tan preciosa,
para alivio de sus penas.

FINAL

Hoy Domingo de Ramos empieza la Semana Santa, esa semana Mayor cargada de valores religiosos, costumbres y tradiciones que tan hondas han calado en el corazón de los pontanos.

Cada pueblo tiene su forma de acercarse a Dios, y Puente-Genil lo hace a través de la Semana Santa, pues hasta los más incrédulos se emocionan y rezan estos días Y me atrevería a decir que Puente Genil es el pueblo elegido por Nuestro Padre Jesús Nazareno para enseñar a los demás el culto que quiere para El y para su Madre.

Así pues, mantengamos estos valores y transmitámoslos a nuestros hijos como nosotros los hemos heredado.

Si la Semana Santa, tal como es, ha conseguido metérsenos hasta lo más profundo del alma y hacernos aflorar en ella lo mejor de cada uno, es que es buena de por sí.

Por tanto, hermanos, ¡dejémosla como está!.